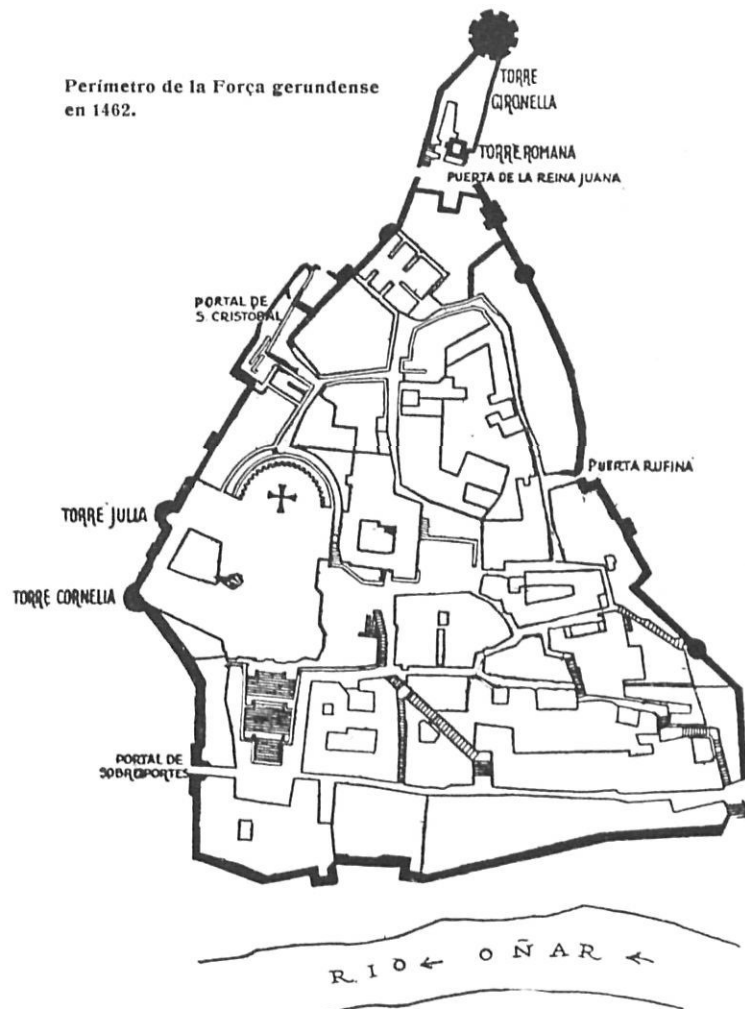


EL SITIO DE 1462

(CONTRIBUCIÓN A LA CONMEMORACIÓN DEL V CENTENARIO DEL FAMOSO SITIO DE LA FORÇA GERUNDENSE)

Cumplíndose este año el V Centenario del sitio de la Força gerundense de 1462, uno de los más célebres asedios sufridos por nuestra vieja capital, REVISTA DE GERONA no podía dejar de conmemorar aquel importante episodio militar de la historia ciudadana. Para ello ha solicitado la redacción del presente artículo a uno de nuestros especialistas, el Dr. en Historia y catedrático don Santiago Sobrequés y Vidal cuya aportación al estudio de esta época bajo-medieval no es necesario ponderar por ser asaz conocida en nuestras esferas intelectuales. Al agradecer al señor Sobrequés su interesante colaboración, REVISTA DE GERONA rinde un merecido homenaje a la memoria de los bravos combatientes de 1462, tanto a los heroicos defensores de la vieja ciudadela como a los que, residentes en el resto de la ciudad, tuvieron que sufrir uno de los periodos más trágicos de nuestra Historia.

La ciudad, quizá preocupada por quehaceres de mucha mayor enjundia, ha dejado pasar en silencio, así oficialmente como por parte de sus eruditos (1), el 500 aniversario de uno de los sitios más célebres entre los innumerables asedios que ha sufrido la vieja urbe del Norte catalán en el transcurso de su atormentada historia. Nos referimos al memorable sitio de la Força durante la trágica primavera del año 1462, ha sido considerado tradicionalmente como uno de los tres acontecimientos militares que valieron a nuestra ciudad otros tantos títulos de Inmortalidad. Tal afirmación carece de fundamento científico, como ya tratamos de demostrar en otro lugar (2), pero queda en pie el heroísmo de unos sitiados, el tesón de unos sitiadores (existieron gerundenses en ambos bandos) y, sobre todo, el sufrimiento de una ciudad que vio estallar dentro de sus propias murallas el azote de una larga guerra civil que iba a durar cerca de once años en cuyo transcurso los catalanes echaron por la borda la riqueza acumulada por el trabajo tenaz de muchas generaciones e ingresaron en la llamada Edad Moderna arruinados y con un fuerte *handicap* para desempeñar dentro de la unión de reinos españoles inaugurada por los Reyes Católicos, el papel que podía esperarse de su gloriosa historia anterior.



Si todo el país quedó empobrecido, despoblado y sembrado de ruinas, Gerona se llevó la palma del martirio ya que las siete semanas que duró el sitio de la Força bastaron para destruir una gran parte del casco urbano y de sus fortificaciones. Pero esto no fue más que el empezar. Puesto que en el transcurso de aquella aciaga contienda volvió a sufrir cinco sitios más, aunque quizá lo mejor sería decir que durante ocho años inacabables no dejó de estar constantemente sitiada desde mayor o menor distancia.

ANTECEDENTES

Las causas de aquella larga y dolorosa guerra entre gente del mismo país nos llevarían muy lejos. Baste decir que fue el resultado de una serie de antagonismos políticos y sociales que se alimentaban desde hacía muchos años y que la revuelta de los campesinos de remensa del



Sello de Juan II en 1462.

Ampurdán y la Montaña gerundense contra sus señores no fue más que la gota de agua que hizo verter el vaso de todos los odios. A requerimiento de los propietarios del Norte, el Consejo del Principado (un organismo político creado por las disueltas Cortes de Lérida que, juntamente con la Diputación del General y el Consejo de Ciento barcelonés, dirigía el Principado) decretó el levantamiento de un ejército con la misión de reprimir la sublevación de los payeses. Unas semanas antes había partido de Barcelona hacia Gerona la reina doña Juana Enríquez con el mismo fin. Pero en lugar de combatir a los campesinos, el ejército del Principado y las fuerzas adictas a la reina, acabaron por combatirse entre sí dentro de las murallas de Gerona. A tal extremo había llegado el antagonismo entre los partidarios de la monarquía pactista (concebida como un pacto entre el rey y el país representado por sus organismos,

Cortes y Diputación) y los de la monarquía autoritaria representada por el rey Juan II y, en su ausencia, por su esposa la reina Juana Enríquez.

Cuando a principios de marzo de 1462 el Consejo del Principado decretó el levantamiento de un ejército para combatir a los campesinos del Norte, la reina Juana decidió abandonar Barcelona y trasladarse a Gerona para estar más próxima al teatro de la rebelión. Doña Juana encontrábase enojadísima por no haber podido imponer su criterio a las autoridades de Barcelona y creía que lejos de la capital gozaría de una mayor libertad de acción. Por otra parte calculaba que si conseguía sofocar la rebelión de los payeses alcanzaría un prestigio que reforzaría la autoridad de su marido, el rey Juan II, ausente del Principado en cumplimiento de la llamada Capitulación de Vilafranca que había tenido que aceptar a regañadientes unos meses antes. A tenor de este convenio singular el monarca sólo podía entrar en Cataluña previa autorización de la Diputación y el Consejo adjunto. Semejante humillación hería en lo más vivo al rey y a la reina. Esta última, hija de los Almirantes de Castilla, estaba poco acostumbrada a las cortapisas jurídicas de la autoridad real. Así no es extraño que su estancia en Barcelona en calidad de Reina Tutriz de su pequeño hijo Fernando, a quien los catalanes habían aceptado como *Primogènit-Lloctinent General* después de la muerte de Carlos de Viana, no fuera más que un choque constante con los organismos políticos del Principado. Ni tampoco es sorprendente que cuando manifestó su deseo de trasladarse a Gerona con el joven *Primogènit*, sus antagonistas no le opusieran la menor dificultad. En el fondo unos y otros alimentaban designios inconfesables. La reina pensaba que una vez sofocada la revuelta de los remensas, desar-

maría moralmente a las autoridades barcelonesas que ya no podrían alegar motivo alguno para levantar un ejército. Lejos de Barcelona le sería más fácil maniobrar para crearse fuerzas adictas que le permitieran oponerse a sus enemigos y obligarles a derogar la odiada Capitulación de Vilafranca. Si las cosas se ponían demasiado tirantes, su marido podría entrar en Cataluña desde Aragón al frente de una hueste de adictos e imponer por la fuerza de las armas el criterio de la monarquía.

Pero tampoco los elementos dirigentes del Principado jugaban limpio. Una minoría radical, cada vez más dominante en el Consejo, abrigaba el secreto designio de liquidar simplemente una dinastía que consideraba incapaz de gobernar de acuerdo con la Capitulación vilafranquina, y proclamar otro soberano más respetuoso o bien organizarse en República o Comuna libre por el estilo de las de Florencia, Venecia o Génova.

LA REINA JUANA EN GERONA

Desde su llegada a Gerona la Reina Tutriz aplicóse diligentemente a dos cosas; sofocar la revuelta campesina y atraerse a los gerundenses y a la nobleza del Ampurdán a sus puntos de vista. En lo primero, tras algunos éxitos pasajeros, fracasó en absoluto. Entonces los propietarios del Norte, llenos de pánico, volvieron sus ojos a la Diputación reclamando imperiosamente el levantamiento de un ejército que acabara con las depredaciones y rebeldía de los payeses. Doña Juana, horrorizada ante la idea de la movilización, que iba a poner en manos de sus enemigos armas que podían volverse muy bien contra la Corona, prohibió el levantamiento del ejército afirmando que esta prerrogativa pertenecía exclusivamente a la realeza. Sus enemigos a su vez declararon ilegal la prohibición de la reina. Estas órdenes contradictorias de dos autoridades reputadas como igualmente legítimas produjeron en todo el país una confusión indescriptible, fomentada por los ultras de ambos bandos y por la lentitud de las comunicaciones de la época. Aunque de hecho la guerra tardaría todavía cinco semanas en estallar, se puede decir que desde la publicación (*crida*) de ambas órdenes antagónicas (30 de abril, movilización de la Generalidad; y 3 de mayo, prohibición de la reina) la ruptura entre ambas autoridades era ya un hecho consumado. En efecto, el día 9 salían de Barcelona las primeras escuadras del ejército catalán en dirección a Hostalric, al frente del capitán Pedro de Belloc, mientras la reina reunía apresuradamente el Consejo municipal gerundense y trataba de obtener su apoyo para hacer frente al ejército de Barcelona.



Gerona, 1462

Gerona, junio-julio 1462.

Desde su llegada a la ciudad del Ter, doña Juana habíase aplicado a hacer propaganda de los puntos de vista de la monarquía intentando conseguir la adhesión de los gerundenses.

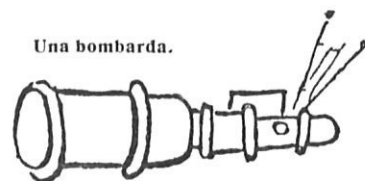
Lo único que había logrado había sido obtener la promesa de apoyo de una minoría ciudadana dirigida por el acaudalado patricio Francesc Sampsó, en cuya casa de la calle de Ciudadanos (hacia el actual Hotel del Centro) se hospedaba con el infante Fernando. Pero los municipales habían sido lo suficientemente hábiles para no comprometerse respondiendo siempre con evasivas y dilaciones. Tampoco consiguió doña Juana inclinar a su lado a las masas populares, la menestralia gerundense, a diferencia de lo que había ocurrido en Barcelona donde la reina había logrado captarse a los miembros de los gremios arrastrándoles a un movimiento contra los burgueses y patricios (complot de San Matías, 24 de febrero). El descubrimiento de esta conspiración fue una de las causas que más contribuyeron a agriar las relaciones de doña Juana y las autoridades catalanas antes de la partida de la reina hacia Gerona.

El día 13 de mayo la reina convocó una vez más el Consejo municipal gerundense y, ante la gravedad de la situación (las vanguardias del ejército de Barcelona habían salido cuatro días antes), presentóse personalmente ante el Consejo llevando de la mano al príncipe y acompañada del general Pedro de Rocaberti, a quien había nombrado *capitán de Gerona*, y toda una serie de consejeros, funcionarios regios y militares. Ante la asamblea municipal la reina manifestó que acababa de llegar a su conocimiento que *en la ciutat de Barchinona se fahien alguns preparatius de gent d'armes e altres coses de que estava en dubte no fossin algun tant en desfavor de la sua persona e del Illtre. Primogènit e contra consellers e servidors seus*, por lo que pedía a los gerundenses consejo y ayuda si ella era necesaria. Algunos cronistas refieren que la reina acompañó su discurso con lágrimas y lamentaciones para impresionar a los municipales, pero este detalle sentimental no consta en las actas que se conservan en nuestro Archivo. En todo caso, la reina no consiguió de los cazurros gerundenses la promesa de apoyo que esperaba. Por el contrario, los municipales respondieronle que estaban dispuestos a defenderla a ella y el príncipe como era su deber, como soberanos legítimos, excepto *contra llibertats, privilegis del Principat e Constitucions generals de Cathalunya e privilegis de la Ciutat e Usatges de Barchinona*. Esto equivalía a decir que la reina no podía contar con los gerundenses contra el ejército del Principado si bien el Municipio accedió a enviar dos embajadores a Barcelona para obtener garantías de que el ejército no se dirigía contra la ciudad y sus habitantes e intentar de evitar la guerra *in extremis*.

El fracaso de esta embajada gerundense, recibida en Barcelona con una cortesía que no excluía la firmeza de las decisiones ya adoptadas, produjo en doña Juana un momento de pánico y desesperación. Su primer pensamiento fue el de huir a San Feliu de Guixols en cuyo puerto estaba anclada una nave real, pero pronto cambió de parecer ante las promesas de los caballeros que la rodeaban y de la minoría gerundense adicta. Comprendiendo que la ciudad no estaba dispuesta a verter la sangre en su defensa, trasladó su domicilio a la acrópolis urbana, la Força, que aún conservaba sus murallas intactas y cuyo pequeño perímetro ofrecía buenas oportunidades de defensa. Allí se alojó en el palacio del obispo, a la sazón Juan Margarit, quien se mostraba muy adicto a la dinastía.

LA REINA Y EL PRINCIPE FERNANDO EN LA FORÇA

Desde la Força la reina dirigió angustiosas *crides* a la caballería del Norte convocándola para que acudiera en su defensa y mandó llevar a Gerona la artillería de la nave de San Feliu de Guixols así como grandes cantidades de pólvora, municiones, ballestas y pertrechos de defensa. Al mismo tiempo selló un pacto de amistad con los remensas de la Montaña, designando a su jefe, el brazo Francesc de Verntallat, capitán real. Las bandas remensas debían intentar cortar el paso del ejército del Principado en Hostalric de consuno con el conde de Módica, Bernat-Joan de Cabrera, poderoso magnate que después de haber formado parte del Consejo del Principado, había dimitido por estar disconforme con el carácter radical que predominaba en la asamblea. Pero el señor de Cabrera, traicionado por sus propios vasallos, se dejó apresar en su castillo de Hostalric por las vanguardias de Pedro de Belloc, mientras



las bandas de Verntallat, que estaban a la expectativa, se dispersaron hacia el Norte (23 de mayo). Seis días más tarde, salía de Barcelona el grueso del ejército del Principado al mando del conde Hug-Roger del Pallars, designado como *Generalíssim* de la hueste catalana.

A medida que se acercaba a Gerona el ejército de Barcelona cundía dentro de la ciudad la más completa desorientación. La reina había conseguido reunir en la ciudad algunos fieles adictos venidos apresuradamente de diversas partes de Cataluña, pero especialmente del Ampurdán y el Rosellón, los cuales, unidos a un centenar de servidores, funcionarios y militares que acompañaban a la reina, a la minoría realista gerundense y a unas escuadras campesinas de las bandas de Verntallat, mandadas por Pere-Joan Sala, payés de Granollers de Rocacorba, sumaban apenas medio millar de hombres. En cuanto a los ciudadanos gerundenses, habían sido movilizados todos los hombres válidos por decenas, cincuentenas y centenas, estructurados por barrios y calles, tal como era costumbre entonces. Pero la reina y sus adictos sabían que no podían contar con estas milicias que los Jurados de la ciudad habían tenido que organizar para cubrir el expediente. Se ha conservado la relación completa de estos 850 gerundenses movilizados con expresión de sus nombres, profesiones y domicilios. Esta lista que prácticamente comprende todos los varones válidos y mayores de edad de la ciudad (Gerona contaba sólo con unos 5.000 habitantes) fue publicada por el autor de este artículo en 1951 (3).

OCUPACION DE GERONA POR EL EJERCITO DEL PRINCIPADO

En efecto, cuando a primeras horas de la tarde del día 6 de junio llegaron ante la puerta *del Areny*, en las inmediaciones del actual Mercado, las vanguardias del ejército del Principado,



“El bon rei Renat d'Anjou”.

fueron inútiles las exortaciones y arengas del Sampsó y de sus partidarios para animar a los gerundenses a la resistencia. A la primera acometida los defensores abandonaron el portal y tiraron las armas aclamando al ejército del Principado mientras Sampsó y sus partidarios corrían a refugiarse dentro de los fuertes muros de la Força. Al mismo tiempo abriéronse sin saber por quién los portales del Mercadal y todo el ejército del de Pallars entró en la ciudad confraternizando con los vecinos. Tan inesperado éxito sorprendió al propio Generalísimo quien se apresuró a comunicar la noticia a Barcelona atribuyendo la *victoria* a San Carlos (de Viana) y solicitando inmediatas instrucciones para actuar contra la Força. Pese a que la guerra acababa de estallar a la vista de todos, la reina y el príncipe seguían siendo dos instituciones legítimas y Hugo-Roger no se atrevía a atacarlos sin órdenes concretas de las autoridades del Principado. Su ejército había salido contra los payeses, no contra las perso-

nas reales (por lo menos en teoría) y el conde no había recibido instrucciones de cómo debería actuar en caso de encontrar resistencia por parte de doña Juana. La respuesta de Barcelona no tardó más que dos días en llegar a Gerona. El conde debía atacar la Força sin miramientos, apoderarse de las personas reales y conducir inmediatamente a doña Juana a la frontera. En cuanto al *Primogènit* niño, podía quedarse en Cataluña donde sería educado libre de la nefasta influencia de sus padres y consejeros..., pero si doña Juana prefería llevárselo a Francia, no se le pondrían inconvenientes. Con esta última apostilla, los dirigentes del Principado dejaban ver claramente sus ocultos deseos de quitarse de enmedio una dinastía que era un estorbo para sus ideales, pero para justificarse ante lo que ahora diríamos la opinión mundial, preferían que fuese la propia reina quien tomase la iniciativa calculando que sus instintos maternales la inducirían a no dejar a su hijo en manos de sus enemigos. Los dirigentes del movimiento antidinástico escribían a su general como si la ocupación de la Força fuese algo consumado y como si la guerra fuese a terminar en un par de días. No sabían que la Força sería tomada jamás y que la guerra a la que el país era arrastrado por el radicalismo e incomprensión de unos y otros iba a durar

cerca de once años. El mismo día que el de Pallars llegaba ante los muros de Gerona, Juan II, violando también por su parte la Capitulación de Vilafranca, entraba en Cataluña al frente de un ejército de catalanes adictos, aragoneses y navarros. La guerra tenía ya dos frentes, el de Gerona y el de Lérida.

LA FORÇA EN 1462

Los dos días de forzosa inactividad del ejército del Principado fueron fébrilmente aprovechados por los activos defensores de la Força. Esta fortaleza ocupaba un recinto triangular cuyos vértices serían en la actual topografía urbana el portal de Sobreportes, la Torre Gironella y la placita del Correo viejo a la entrada de la actual calle de la Força llamada entonces de Sant Llorenç. Aquí existía un portal flanqueado por dos poderosas fortificaciones: las torres o castillos de Cabrera y de Requesens. En el otro extremo, la iglesia de San Félix, aunque situada fuera del recinto, estaba unida al mismo y había sido ocupada también por los defensores. Aunque la Força conservaba intactas sus murallas, la parte de las mismas lindante con el resto de la ciudad había perdido todo valor defensivo. Las casas habían sido edificadas apoyadas en el muro y desde sus tejados o ventanas era fácil escalar la muralla o batirla cómodamente. Por tanto era imprescindible a los defensores crear un foso entre la Força y el resto de la ciudad mediante la destrucción sistemática de todas las edificaciones contiguas a la muralla. A esta labor se aplicaron diligentemente durante los dos días de tregua incendiando más de 80 casas de las Ballesterías y barrio de San Félix ante la desesperación de los gerundenses que veían iniciarse la destrucción de la ciudad. El conde de Pallars no pudo impedir los incendios a pesar de que sus hombres, incumpliendo sus órdenes de no disparar, hostilizaban implacablemente a los incendiarios sitiados. En estas operaciones de escaramuza resultó muerto de un certero ballestazo en el cráneo el bravo Francesc Sampsó, el alma del realismo gerundense.

EL ASALTO DEL DIA DE CORPUS

Cuando llegó de Barcelona la orden de atacar la fortaleza ya era demasiado tarde para improvisar el asalto. El conde comprendió las dificultades de una empresa que requería abundancia de artillería y de municiones de las que no disponía; perdida la ocasión de asaltar la Força al primer intento, era necesario formalizar un sitio en toda regla. Hasta el día 17, festividad del Corpus, el conde de Pallars no dispuso de todos los medios necesarios para intentar el primer asalto. Participaron en él unos 3.000 hombres, si bien en su mayoría eran fuerzas auxiliares, y aunque la operación se llevó a cabo por cuatro sectores a la vez, los valientes defensores rechazaron todas las acometidas de los asaltantes, especialmente en el sector de Predicadores (actual plaza de Sto. Domingo), donde un grupo de marineros de Sant Feliu de Guixols, quienes debían acercarse al muro una gruesa bombardera que habían traído de la nave real (la reina no había podido llevársela a la Força por dificultades de transporte), perdió la moral ante los certeros fuegos de los sitiados.

SITIADOS Y SITIADORES

Hoy día la investigación histórica ha progresado suficientemente para poder conocer la nómina casi completa de los defensores de las personas reales (4). Su jefe era el Maestre de Montesa, el valenciano Lluís Despuig, enviado por el rey apresuradamente pocos días antes de la ocupación de Gerona por las huestes del Principado. Le asesoraba un estado mayor integrado por el citado Pere de Rocaberti, capitán hasta la llegada de Montesa, y el barón de Llagostera-Calonge (Martí-Guerau de Cruilles). Entre los caballeros gerundenses o de las comarcas vecinas destacaban varios parientes del obispo Margarit, como los dos Bernats Margarit, el Viejo y el Joven, tío y hermano respectivamente del prelado, Juan de Pau, sobrino del obispo,



Enrique IV de Castilla, "senyor del Principat".

destacaban el vizconde Evol (Guillem-Ramon de So i de Castre), Franci de Para-pertusa, Pere d'Ortafà, Carles d'Oms i el viejo Felip Albert, por crueldad del destino suegro del propio conde de Pallars.

En cuanto a los habituales residentes de la Força, recinto poblado en nuestros días por más de 1.500 personas, reducíanse entonces a los judíos, los conversos, los canónigos y los familiares del obispo. Casi todos estos moradores fueron defensores puramente pasivos y algunos, como los canónigos, simpatizaban abiertamente con los sitiadores y se negaron, por boca del vicario general Andreu Alfonsello a contribuir a los gastos de la defensa. De forma que estos gastos fueron financiados esencialmente por los ricos comerciantes conversos de la Força, como los Falcó y los Vidal Sampsó. El conde de Pallars, para vengarse y estimular a sus adictos, declaró condonadas todas las deudas respecto a los acreedores judíos y conversos y confiscó todas las existencias mercantiles que estos tenían en almacenes de la ciudad baja. Además prometió a sus hombres dar la Força *a sac* salvo los bienes de eclesiásticos y de la Iglesia. Casi no es necesario decir que la reina decretó lo mismo respecto a la ciudad baja, aunque por fortuna esto último no se cumplió después de la liberación. El insano aliciente del saqueo atrajo a las fuerzas sitiadoras multitud de campesinos de los alrededores, particularmente del Bajo Ampurdán, así como una nube de aventureros y vividores de la peor ralea (*castellans, gascons, conversos e gent de poca virtut e de menys bondat*, escribía el conde de Pallars en uno de sus informes a la Diputación del General). Pronto empezaron las quejas de los vecinos por los excesos y latrocinios cometidos por la soldadesca alojada dentro de la ciudad. Los Jurados gerundenses reclamaron varias veces a Barcelona y la Generalidad envió un funcionario especial para limar asperezas. Otro funcionario, Miquel Vives, atendía a los cuantiosos gastos del sitio y topó repetidamente con el Generalísimo quien le acusaba de tacaño y tardo en aflojar la bolsa. Alegando que Vives era demasiado anciano, el de Pallars pidió que fuese relevado, pero la Diputación mantuvo a Vives en Gerona.

Entre los sitiadores, los jefes más destacados de Gerona y de su veguería (prescindimos de los caballeros de las restantes veguerías del Principado) eran el vizconde Jofre de Rocabertí, señor de Peralada, y el joven barón Bernat-Gilabert de Cruilles, señor de Peratallada y de la extensa baronía de Cruilles; Pere-Berenguer Sort, bravo hidalgo de Torroella; Pere i Joan Sa-rriera (padre e hijo) y Joan Bertran (padre del que unos años más tarde sería célebre capitán en

el veguer Pere de Santdionís y su padre Narciso, Bernat-Gabriel Xatmar, señor de Medinyà, Guillem de Biure, señor de Sant Jordi Desvalls, y los ciudadanos gerundenses Francesc y Pere de Terrades, padre e hijo, los hermanos Francesc y Ramon Raset, Jaume de Santceloni, el jurista Pere Miquel, el baile Guillem Sunyer, el juez Miquel Fage y algunos más. Ocho de ellos pertenecían al Consejo Municipal de la ciudad integrado por 80 prohombres, o sea que solamente un 10% de los municipales era decidido partidario de la dinastía.

Los campesinos remensas de la bandera de Sala eran unos 60 hombres casi todos ellos de Serinyà, Beuda, S'Agaró, etc. En 1486 Fernando el Católico otorgó a varios de ellos privilegio militar recompensando su valor defendiéndole cuando era niño; éste fue el origen de linajes nobiliarios como los Traver, Vehí, Budallés, Falgás y algunos más. El resto de los defensores de la Força eran caballeros del séquito de la reina venidos con ella a Gerona o bien hidalgos de distintos lugares del Principado que habían acudido apresuradamente obedeciendo a sus angustiosas *crides* de los últimos días. Eran particularmente numerosos los rosellonenses entre los que

el segundo viaje de Cristóbal Colón, Pedro (Bertrán) Margarit). La guerra separaba implacablemente las familias y los linajes y así Juan Bertrán y Juan Sarriera eran yernos de los dos Bernat Margarit defensores de la reina, Jofre de Rocabertí era cuñado del vizconde de Evol, Bernat de Senesterra, señor de Monells y Ullastret, otro de los sitiadores, era sobrino del obispo; eran muy frecuentes los casos de estar el padre de unos y el hijo con otros y ya hemos dicho que el suegro del conde Pallars era uno de los jefes de los sitiados. Los Cruilles y los Rocabertí, los Terrades, los Santceloni, los Pere y los Miquel gerundenses encontrábanse repartidos entre sitiadores y sitiados.

PREPARATIVOS PARA UN NUEVO ASALTO

Desde el mismo día del fracaso del asalto del día de Corpus, el generalísimo Hug-Roger inició los trabajos para un nuevo asalto sometiendo a la Força a un bombardeo implacable contestado vivamente por los fuegos de los sitiados, de forma que entre tirios y troyanos iban destruyendo concienzudamente la martirizada ciudad de la que se ausentaban todos los vecinos que tenían parientes en otras localidades. Pronto los jinetes apocalípticos del hambre y la peste hicieron su aparición para ennegrecer todavía más las tintas de aquel cuadro sombrío que representaba la infortunada Gerona durante aquellos ardorosos meses de junio y julio de 1462.

Al mismo tiempo que preparaba el asalto definitivo, el conde de Pallars intentaba apoderarse de la Força por sorpresa o mediante tratos secretos con los jefes sitiados sirviéndose de los parientes que éstos tenían entre los sitiadores. Estas gestiones fracasaron rotundamente como ya esperaba el generalísimo quien, como buen militar, confiaba más en las armas que en las negociaciones a que le obligaban la Generalidad y Consejo del Principado. Tampoco hizo mella en el ánimo de los tenaces sitiadores un pregón de la reina, que hizo lanzar desde las murallas prendido a una flecha, después de haber hecho sonar los clarines de la Força, exortándoles a levantar el sitio a cambio de un perdón general por su actuación hasta aquella fecha (3 de julio).

Las guerras de aquella época, en el umbral cronológico que separó la Edad Media de la Moderna, eran, con toda su crueldad, incomparablemente menos mortíferas que las luchas posteriores (y ya no digamos de las actuales) cuando la artillería, entonces incipiente, fue perfeccionada. Las bombardas causaban más estrépito que daño y las espingardas eran prácticamente inócuas. Los sistemas defensivos eran muy superiores a los ofensivos y una fortaleza bien defendida resultaba casi inexpugnable a no ser por la sorpresa, el soborno o el hambre. Moría mucha más gente a causa de las epidemias inherentes a toda guerra que por efecto de las armas. Así en la acción del Corpus los asaltantes no tuvieron más que un centenar de bajas (entre las cuales sólo 6 muertos) y los sitiados unas cuarenta, si bien los muertos fueron entre estos últimos personas de más calidad.

Asimismo las luchas eran pródigas en lances caballerescos presididos por un espíritu de humanidad que bien quisiéramos para nuestras guerras modernas, especialmente para las civiles. Así cuando Hug-Roger lamentaba el escaso espíritu combativo de algunos de sus caballeros, la Diputación se apresuró a disculparlos alegando que teniendo parientes dentro de la fortaleza era natural que no quisieran verter sangre propia. Y cuando una docena de jóvenes caballeros logró penetrar por sorpresa en la iglesia de San Félix y tuvieron que refugiarse al ser sorprendidos por los defensores capitaneados por Xatmar y Santdionís en el caracol del campanario, obtuvieron la garantía de la salvación de sus vidas a cambio de su rendición. Luego se convino que la alimentación de estos prisioneros, entre los que figuraban Belloc, el jefe de las vanguardias del Principado, y Joan Sarriera, corriera a cargo de los sitiadores a fin de no agravar la pésima situación alimenticia de la Força. De forma que diariamente se suspendían las hostilidades para llevar a la Força 28 panes, 4 sueldos de carne de carnero y un cruzado de vino.

Asimismo resulta incomprensible para nuestra mentalidad cómo la reina tuvo la paciencia de escuchar un largo discurso del canónigo Alfonsello demostrando que el clero sólo esta-

ba obligado a contribuir a las guerras cuando éstas eran contra infieles o contra gentes de las que podía esperarse grave daño para las personas reales; pero no era éste el caso de los sitiadores, agregaba, quienes estaban dispuestos a tratar a la reina y al príncipe "con todo el respeto y veneración debidos". Ante tal flagrante impugnación de la propaganda regia, basada en la afirmación de que el objetivo de los sitiadores era el asesinato de la reina y el príncipe, doña Juana contestó que de todas formas agradecía al clero de la Força que le dedicara sus oraciones.

PROSECUCION DEL ASEDIO

A medida que transcurría el tiempo, la situación de los sitiados se hacía insostenible. El ejército de Juan II que debía acudir rápidamente en su socorro había tenido que retirarse de



El Condestable de Portugal, otro soberano de Cataluña.

Tárrega hacia Balaguer rechazado por las fuerzas enviadas por la Generalidad para la defensa de la frontera de Poniente. En la Força los víveres escaseaban hasta el punto de reducirse a carne de caballo, almendras y habas, racionadas estas últimas a 10 diarias por persona; la escasa fruta fresca existente se reservaba al *Primogènit*. Los trabajos de minadores y zapadores avanzaban rápidamente y un día una escuadra de la Diputación logró penetrar dentro del recinto por una mina que desembocaba en el patio de la casa de un converso de la calle de Sant Llorenç. Descubierta el intento, casualmente, por un muchacho de la casa, cuando ya un grupo de sitiadores avanzaba por la calle, hubo dentro de la Força un momento de gran pánico. Doña Juana, madre antes que reina, perdió la moral y corrió por las calles enloquecida y mesándose los cabellos buscando a su hijo hasta que lo encontró jugando en la puerta de la Seo. Los bombardeos provocaban en el ánimo de la reina frecuentes crisis de histerismo y en más de una ocasión manifestó sus deseos de huir refugiándose en las naves que el Gran Almirante Bernat

de Vilamarí tenía en la bahía de Rosas. Pero Vilamarí jugaba a dos cartas y al mismo tiempo mantenía tratos equívocos con la Generalidad.

Las desertiones eran cada día más frecuentes, aunque algunas veces los desertores resultaban ser espías que la reina mandaba al campo de su marido. Así cuando el día 4 huyó de la Força el prestigioso jurista gerundense Pere Miquel con otros seis individuos, en el minucioso registro a que fueron sometidos se encontró que uno de ellos llevaba escondido en el prepucio un billetito escrito de puño y letra por la reina con estas angustiosas palabras: *Senyor! socorreu-nos! Senyor!, valeu-nos dins e mantingau-nos dins!* Ciertamente que no sería su señor y marido quien libertaría, por lo menos directamente, a la atribulada reina.

El día 5 de julio las torres Gironella y de Requesens no eran más que un informe montón de escombros y los sitiados eran impotentes para rellenar un boquete de 16 palmos de anchura que los zapadores habían abierto en el muro. El día 10 llegaban de Barcelona varias bombardas y abundante material de escalamiento. De día en día se esperaba el asalto definitivo y por estas fechas el conde escribía a la Diputación que la Força *Deus volent molt prest será en nostra mà*. A lo que los Diputados y Consejo adjunto contestaban que *del fet de Gerona*

stam sperant de dia en dia pròspera victoria. Pero mientras las autoridades del Principado se las prometían tan felices, un ejército de 22.000 franceses irrumpía en el Rosellón por el paso de Salses y desde aquel momento los acontecimientos tomaron un giro radicalmente distinto. ¿Qué había ocurrido?

LA INTERVENCION FRANCESA

La liberación de la Força fue el resultado de una jugada diplomática de gran estilo de aquel mago de la política que fue el viejo zorro Juan II, digno padre de Fernando el Católico, otro gran maestro de la diplomacia de su época.

Poco antes de estallar la guerra Juan II, para asegurar en sus sienes la vacilante corona navarra (que le había disputado su hijo, el fallecido Carlos de Viana), acosado por los castellanos, mal apoyado por los aragoneses y ya en malas relaciones con sus súbditos catalanes, buscó la amistad con el rey de Francia, el astuto Luis XI, hasta entonces su gran enemigo por la cuestión navarra (tratado de Olite, 12 de abril). Luis XI, político hábil y sin escrúpulos, que ha pasado a la historia con el sobrenombre de *la Araña Universal* por la sutilidad de sus combinaciones diplomáticas, había coqueteado con los catalanes alentando su rebeldía con la esperanza de que le ofrecieran la corona del Principado, una vez se hubiesen quitado de enmedio a Juan II y a su familia. El Consejo del Principado rechazó patrióticamente las aviesas insinuaciones de *la Araña Universal* y el fracaso de estas ilusiones impulsó al rey francés a buscar la amistad de su antiguo enemigo Juan II. El intermediario interesado de este cambio diplomático fue Gastón de Foix, pequeño soberano pirenaico casado con una hija de Juan II.

Cuando las relaciones con sus súbditos catalanes se envenenaron hasta el extremo de hacerse la guerra inevitable, Juan II reclamó de su aliado una ayuda militar a cambio de 200.000 escudos (o 300.000 si la rebelión catalana se extendía a Aragón y Valencia). Para responder del pago de esta cantidad, Juan II entregaba al rey francés las rentas de los condados del Rosellón y la Cerdaña. Por una cláusula secreta que Juan II no tuvo más remedio que aceptar, Luis XI ocuparía militarmente los castillos de Perpiñán y Colliure. Cuando los catalanes enemigos del viejo Juan II tuvieron barruntos de esta última cláusula, propagaron a los cuatro vientos la felonía de su discutido monarca y éste fue uno de los grandes *slogans* de la propaganda de la Generalidad en el momento de salir de Barcelona, camino de Gerona, el ejército del Principado.

Sin embargo, la lentitud de las movilizaciones en una época en que no existían levadas ni ejércitos permanentes, dio lugar a que los catalanes pudieran sitiar la Força e incluso a que estuvieran a punto de expugnarla como acabamos de ver en líneas precedentes. A finales de junio los soldados del conde de Pallars detuvieron un correo de Gastón de Foix que pretendía introducirse en la Força con un mensaje del bizarro señor pirenaico para su suegra (5) Juana Enríquez. Con su curiosa mezcla de castellano, catalán y francés, Gastón alentaba a doña Juana a sostenerse 12 ó 14 días más *que io seré en Girona con gentill armada que baste por un die pour toude Spanhe* y agregaba que si la reina se mostraba valerosa se haría digna de figurar *preste en el numero de les amasonez*. Que los 22.000 hombres de Gastón de Foix bastaban por un día para toda España no pasaba de ser una fanfarronada del yerno de Juan II. En realidad no bastaron ni para toda Cataluña puesto que a la larga acabaron por ser rechazados en Torroella de Montgrí y ante los muros de Barcelona. Pero para lo que sí bastaron fue para Gerona. El conde de Pallars, ni en los momentos de máxima euforia, pudo reunir ante los muros de la Força más allá de 3.000 combatientes, de los cuales más de la mitad eran campesinos de la comarca aptos sólo para trabajos de mina, zapa y transporte. En una Cataluña de 400.000 almas, la Generalidad no pudo llegar a reunir entre los tres frentes de Lérida, la Força y el Rosellón más de 10.000 soldados, y el rey Juan II sólo pudo reunir un ejército de 2.000 aragoneses, navarros y catalanes adictos para entrar en Cataluña. Los contingentes bélicos eran muy modestos quinientos años atrás y 22.000 franceses, en su mayoría soldados profesionales, con potente artillería y una escuadra que avanzaba paralelamente a la costa con víveres y pertrechos, eran como un alud irresistible para los sitiadores de la Força.

LOS FRANCESES EN EL ROSELLON

Cuando la poderosa máquina bélica del señor de Foix se puso por fin en movimiento, el 10 de julio, atacando el paso de Salses, puerta del Rosellón, la ciudad de Perpiñán no pudo oponerle más que 800 hombres que fueron arrollados por los franceses pese a su heroica resistencia. La invasión francesa produjo en aquellas comarcas catalanas un desesperado sentimiento de patriotismo y muchos nobles roselloneses que simpatizaban con Juan II y condenaban la actitud de rebeldía de la Generalidad, ahora se pusieron incondicionalmente al servicio de este organismo antes que entregar sus castillos al rey de Francia. Perpiñán cerró sus puertas al ejército galo y Gastón, que no podía entrenarse sitiando ciudades, siguió su marcha hacia el paso del Voló (hoy le Boulou), defendido solamente por 100 hombres enviados apresuradamente



Luis XI, "la Araña Universal", en su juventud.

por el conde de Pallars. Este se negaba a debilitar sus fuerzas enviando gente hacia el Norte, y el Consejo del Principado era impotente para enviar refuerzos desde Barcelona. El vizconde Jofre de Rocabertí, partió de Gerona para hacerse cargo de la defensa de los pasos pirenaicos al frente del somatén levantado en Figueras, Castelló, Olot, Besalú y Camprodón. Así llegó a reunir 1.500 hombres tan inermes que a duras penas consiguió que por lo menos llegaran a estar equipados con coraza. En una angustiosa carta dirigida a la Generalidad, el vizconde se lamentaba de que apenas entre sus hombres existía *gent que sapigués tirar* y añadía que sus *cavallers e gentils-homens* (los oficiales, diríamos hoy) *perdien l'ànimo veint la magresa d'aquest exèrcit*. También el conde de Pallars reprochaba a la Generalidad su lentitud, su tacañería y su miopía en apreciar la realidad de la situación. *Parlant ab la deguda honor*, decía en una de sus últimas cartas al Consejo, *Vostres Reverencies stimen* (la situación) *una centena part del que és*.

Vostres provisions son tan tardes e fetes ab tan gran assossech! Y añadía que las guerras se ganan con dinero y no con escaseces (*l'opulencia de les peccunies es la principal causa que nos ha de... fer-nos vencer nostres enemics. E jo veig que ab scassesses son fetes totes vostres provisions e ara, Senyors, no és temps d'escatimar sino de llançar*).

El mismo día que el de Foix forzaba el paso del Voló, le llegó un correo de doña Juana que había conseguido filtrarse a través de las líneas de los sitiadores. La situación de los asediados era tan crítica, decía la reina, que sólo estaba en condiciones de resistir unos días más. Gastón decidió quemar etapas. Seleccionó 10.000 de sus mejores hombres y, dejando el resto en el Rosellón, se dirigió hacia el Pertús y los demás pasos del Ampurdán. El mismo día, 21 de julio, desbarató fácilmente las improvisadas milicias del vizconde de Rocabertí e irrumpió por el Ampurdán dejando atrás las plazas fuertes de Peralada, Figueras y Castelló. El día 22 sus vanguardias llegaban a Bácsara y por la noche del mismo día los franceses encendían ya hogueras en las alturas de Medinyà visibles desde la Força desde donde las contestaron encendiendo también fogatas.

LA LIBERACION

La proximidad de los franceses produjo un pánico enorme en las filas de los sitiadores. En el espacio de pocas horas, el conde de Pallars se quedó con 700 hombres *que no pensen més que en fugir*, decía el generalísimo en su última carta al Consejo enviada desde Gerona, alegando que no han cobrado la soldada pero en realidad *per la gran paor d'aquests piteus*



El sitiado de la Força:
Fernando el Católico, joven.

(franceses). Mientras las vanguardias galas llegaban a Medinyà, el conde ordenó replegar los restos de su desmoralizado ejército hacia Hostalric, abandonando la artillería pesada por falta de transportes. Los gerundenses más comprometidos marcharon con el ejército del Principado trasladaron sus domicilios a San Feliu de Guixols, en espera de los acontecimientos, mientras los Jurados se preparaban para recibir a los franceses.

El día 23 a las 6 de la madrugada, Gastón de Foix ocupaba sin disparar un tiro el barrio del Mercadal y acto seguido se dirigía hacia la Força totalmente libre de sitiadores desde la tarde anterior. Una escena de emoción inenarrable tuvo lugar cuando doña Juana se encontró en presencia de su libertador. Menospreciando todo protocolo salió a recibirlo y se lanzó en sus brazos llenándolo de besos y abrazos, pero sin poder articular palabra, presa de

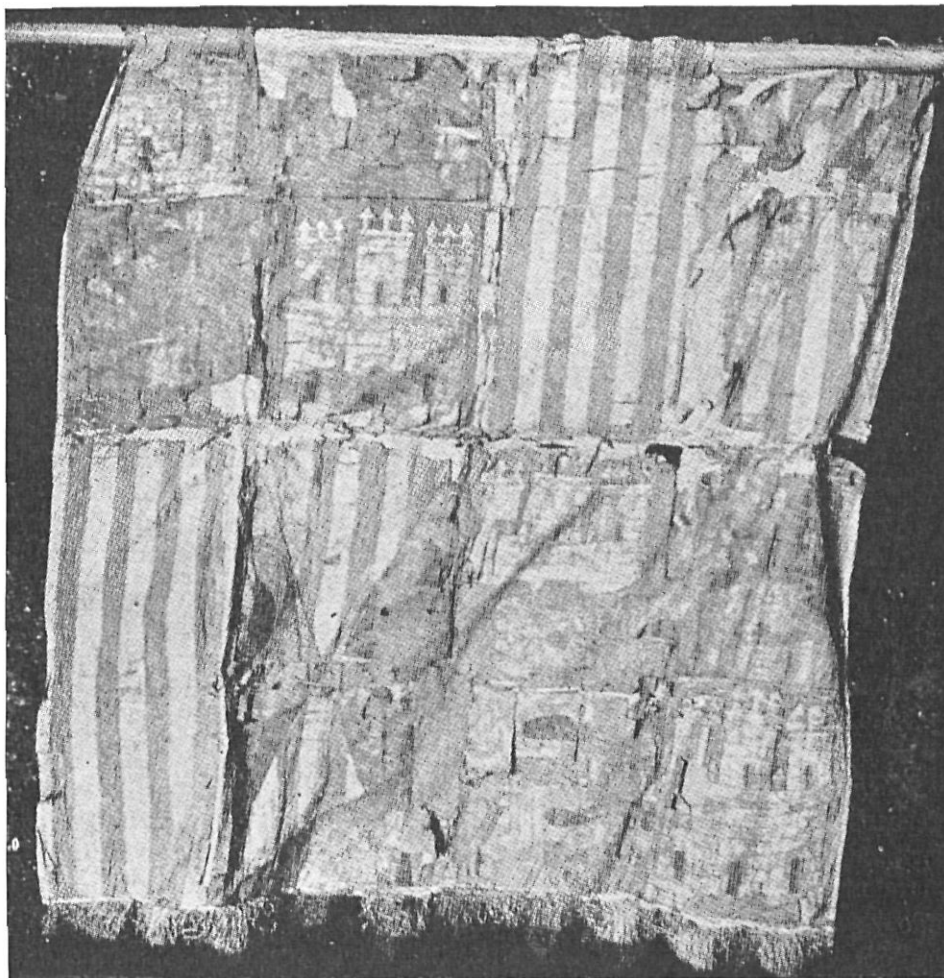
la emoción. *Fut une grant pièce comme toute pasmée*, nos dice Leseur, cronista del conde de Foix, testigo presencial de la escena. Cuando se recobró "dio cien mil veces las gracias a Gastón por su socorro y la salvación de su persona, vida y honor".

Los Jurados gerundenses redactaron un documento manifestando que toda su actuación durante el sitio carecía de validez por haber sido forzada ante la coacción del conde de Pallars. Esta declaración lleva fecha del 3 de agosto, de forma que entre el 23 de julio y aquella fecha nadie sabe a ciencia cierta lo que ocurrió. Casi no es necesario decir que las actas municipales son inexistentes desde finales de julio hasta el 3 de agosto. Zurita dice que la reina otorgó a los gerundenses una amnistía general, pero es sorprendente que tal documento no fuese copiado en los registros del municipio. Lo más probable es que se corriera un velo piadoso. A nadie interesaba hablar del pasado. La reina no podía granjearse más enemigos dada la inseguridad de su situación (antes de terminar el año un ejército catalán mandado por el Barón de Cruilles volvía a ocupar el barrio del Mercadal y a sitiar el resto de la ciudad, aunque por fortuna ese sitio no pasó de unos días. Y en cuanto a los gerundenses, es obvio decir que aún les interesaba menos hablar de lo ocurrido. La ciudad fue condenada a una fuerte multa colectiva para la reparación de las murallas y fortificaciones y los Jurados decretaron una *talla* (derrama) según la fortuna de los ciudadanos. Esta *talla* se ha conservado en nuestro archivo y el autor de estas líneas la ha utilizado para diversos trabajos (6).



Isabel de Castilla, esposa de Fernando.

Pendón de damasco
de los Reyes Católicos,
con las armas de
Castilla-León, Aragón-
Cataluña y Sicilia.



VICISITUDES POSTERIORES CONTINUA EL MARTIRIO DE LA CIUDAD

Realmente la reparación de las murallas era imprescindible ya que Gerona iba a convertirse en el gran bastión de la causa de Juan II en el Norte de Cataluña. Las acometidas de los catalanes adictos a la Diputación del General y de sus aliados, primero castellanos, luego portu-

gueses y más tarde franceses e italianos, sucederíanse una tras otra, o sea que el sitio de la Força no había sido más que el prólogo del largo calvario de la martirizada ciudad.

En lo sucesivo la guerra dio los más impresionantes e inesperados tumbos. El brillante ejército del de Foix no pudo tomar Barcelona ni acercarse a los puertos gerundenses, rechazado ante Torroella de Montgrí. Dueño de las rutas del mar, el ejército del Principado mantuvo siempre las comunicaciones entre Palamós, San Felú y Blanes con la ciudad condal. Ya hemos dicho que antes de expirar el año 62 el barón de Cruilles, lugarteniente del "generalíssim" Pallars, volvía a sitiar Gerona. Los catalanes declararon conculcada la monarquía de Juan II y de su familia y buscaron un nuevo soberano: Enrique IV de Castilla, pero por lo que pudiera ser no le dieron el título real (*Enric I, rei de Castella e senyor del Principat de Catalunya*). El flamante rey, es decir, señor, de los catalanes se apresuró a enviarles un potente ejército de auxilio que inmediatamente puso sitio (y ya era el tercero) a la desventurada Gerona. Este sitio terminó como el rosario de la aurora porque el astuto Juan II consiguió que su colega renunciara a la *señoría* del Principado. Los castellanos levantaron, pues, el sitio de Gerona y la ciudad pudo respirar. Respirar solamente unos meses, pues pronto los catalanes de la Diputación volvieron a sitiarla si bien esta vez con poco vigor.

Abandonados por su *señor*, el vacilante y tímido Enrique, los catalanes enemigos de Juan II ofrecieron la corona a un príncipe portugués, el Condestable Pedro (*Pere IV*). Este joven monarca continuó la guerra hasta su fallecimiento en 1466. La muerte no perdonaba y poco después desaparecía también de un horrible cáncer *en lo coll e la mamella* la discutida reina Juana Enríquez (febrero, 1468). Viejo, ciego y viudo, Juan II continuó tenazmente la guerra. No menos tenaces, sus enemigos catalanes proclamaron un soberano más (y ya era el cuarto): Renato de Anjou, rey de Provenza, protegido por *la Araña Universal*. De forma que en un impresionante *tour de valse* los franceses pasaron de aliados a enemigos de Juan II y la

guerra continuó. El anciano y bonachón *René* mandó a Cataluña a su hijo Juan, duque de Lorena y de Calabria, en calidad de *Primogénit*, con un bizarro ejército de franceses y napolitanos. Y este ejército lo primero que hizo ¿hay que decirlo? fue sitiar Gerona (y ya era el quinto asedio, 1467). Este sitio fracasó, pero al año siguiente la ciudad volvió a ser sitiada con redoblados bríos. Este sitio de 1468-1469 fue el más largo y completo que sufrió la martirizada ciudad del Ter. Fue un sitio atroz que terminó con la capitulación de la ciudad dirigida por el obispo Margarit y su parentela. De forma que al cabo de siete años de guerra Gerona volvió a ser de la Diputación, mientras Juan II se consolaba casando a su hijo Fernando con la presunta heredera de Castilla, la princesa Isabel, sueño dorado del tesorero monarca aragonés. Dos años más de guerra y la muerte inesperada del bizarro Juan de Lorena volvía a dejar a los catalanes huérfanos de caudillaje. Entonces, en otra pirueta difícil de comprender para nuestra mentalidad moderna, todo el Norte de Cataluña con Gerona a la cabeza volvió al redil de Juan II (1471). Esto fue el principio del fin. En 1472 la guerra terminaba en tablas. Barcelona capitulaba por fin y Juan II entraba en la ciudad después de pasar por la humillación de firmar un documento reconociendo que todo lo que habían hecho los catalanes hasta entonces (nada menos que once años de guerra implacable) lo habían hecho como “fieles y leales vasallos”. Una claudicación en apariencia, en realidad la mejor victoria que alcanzó jamás Juan II, ya que gracias a ella conseguía asegurar la corona en las sienes de su heredero Fernando. Ahora, amigos y enemigos, unidos en un ideal común, se lanzaban a la reconquista de la Cataluña ultrapirenaica, el Rosellón y la Cerdeña, que gemía bajo la dominación francesa desde que Juan II se había visto obligado a cederlos en prenda a Luis XI para salvar la Força gerundense.

Dos años después de terminada la guerra, moría el rey castellano, el antiguo *senyor del Principat*, y su hermana Isabel se convertía en reina de Castilla conjuntamente con su marido Fernando (1474). Los catalanes que tanto le habían combatido, ahora fueron sus auxiliares eficaces para combatir al partido castellano y a los portugueses contrarios al “catalanote” (7) Fernando y su esposa Isabel. El viejo Juan II, fuerte como un roble, aún vivió cinco años más. Cuando bajó al sepulcro, octogenario, en 1479, su hijo Fernando, a quien su padre había otorgado ya al casarse el reino de Sicilia, heredó todos los restantes países de la Corona de Aragón: Aragón, Valencia, Mallorca, Cerdeña y este Principado de Cataluña que siendo niño había estado a punto de perder y que quizás hubiese perdido a no ser los fuertes muros de la Força de Gerona y los fuertes pechos de sus brazos defensores de 1462. Así pasaban casi todos los reinos peninsulares (menos Navarra, Granada y Portugal, que también acabarían por unirse, aunque el tercero más tarde se volvería a separar) bajo el cetro de la singular pareja real constituida por el *catalanote* Fernando y la castellana Isabel. Ya faltaban muy pocos años para la reconquista de Granada y el descubrimiento del Nuevo Mundo. El aura apacible de los Tiempos Modernos soplabla sobre una Gerona en ruinas y una Cataluña despoblada y empobrecida que acababa de asombrar al mundo con el insólito espectáculo de la primera de las revoluciones modernas (8).

SANTIAGO SOBREQÜÉS Y VIDAL

NOTAS:

- (1) Para conmemorar este aniversario, el autor de este artículo ha publicado una obrita de divulgación **El setge de la Força de Girona en 1462**, Ed. R. Dalmau, Barcelona, 1962, 62 págs., a la que remitimos al lector que desee conocer estos memorables acontecimientos históricos con algún mayor detalle.
- (2) **La leyenda y la Historia en el sitio “de Gerona” de 1462**, en “Anales del Instituto de Estudios Gerundenses”, VII, 1952, 267-349.
- (3) **Censo y profesión de los habitantes de Gerona en 1462**, en “Anales del Instituto de Estudios Gerundenses”, VI, 1951, 193-246.
- (4) Véase nuestro trabajo citado en la nota 2, pp. 325-335, completado por un **Addenda et corrigenda** en el vol. VIII de los citados “Anales”, pp. 331-332.
- (5) En realidad era la esposa de su suegro ya que Juana Enríquez era la segunda esposa de Juan II y Gastón estaba casado con una hija del primer matrimonio del rey aragonés.
- (6) Véase, entre otros, el citado en la nota 3.
- (7) Con este mote despectivo le designaron los castellanos cuando, ya muerta la reina Isabel, le obligaron a marcharse de Castilla (para volver a llamarle poco tiempo después).
- (8) **La première des révolutions modernes**, la frase es del historiador francés Joseph Calmette (*L'élaboration du monde moderne*, París, 1934, ~ 494).